

BERND BRUNNER

CUANDO LOS INVIERNOS
ERAN INVIERNOS
HISTORIA DE UNA ESTACIÓN

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Als die Winter noch Winter waren:
Geschichte einer Jahreszeit*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG,
Colonia, Alemania
© de la traducción, 2020 by José Aníbal Campos González
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, detalle de *Jugadores de colf* (c. 1625),
de Hendrick Avercamp

ISBN: 978-84-17902-23-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 1819-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

El mundo en invierno. ¿Qué hace que un invierno sea invierno?	9
Un crepitar bajo las suelas: del invierno y sus características	19
Sentir el invierno	39
Interpretaciones y pronósticos	59
El invierno más crudo	67
Cristales de hielo	81
El invierno en la ciudad y en el mar	101
Economías del frío	109
Lugares del invierno	125
Rumbo al frío	131
Pintar el invierno	145
Deportes invernales	155
Volar sobre el hielo	171
Ritos invernales, leyendas y Santa Claus	183
Estados de excepción	191
Aludes: la muerte blanca	201
Más nieve, imposible	209
El final del invierno	215
Nieve del mañana	223
<i>Bibliografía y procedencia de las ilustraciones</i>	235
<i>Índice</i>	239

Llevo aquí unos diez días, y mi única ocupación consiste en calentarme. Las casas están mal construidas y las estufas de hierro no sirven para nada.

IVÁN TURGUÉNEV,
en carta del 20 de febrero de 1870 a
Gustave Flaubert, desde el Hôtel de
Russie, Weimar.

EL MUNDO EN INVIERNO.
¿QUÉ HACE QUE UN INVIERNO
SEA INVIERNO?

En los lugares donde la primera nieve puede caer en octubre, los preparativos comienzan en agosto. En las costas de Noruega y Suecia, por ejemplo, sacan las embarcaciones a la orilla y las ponen a resguardo en un lugar seguro para que las tormentas invernales no puedan dañarlas. Aceitan las tablas de madera, cosechan las últimas patatas, que almacenan en un lugar seco, y los arriates de flores se cubren de zosteras. Recubren con papel los cristales de las ventanas para evitar que los pájaros, por descuido, se estrellen contra ellos. La gente abandona sus casas de veraneo, pero no las cierra con llave, para que cualquier persona en busca de cobijo pueda encontrarlo en caso de emergencia y degustar alguna de las escasas provisiones. Todo un detalle.

Por más que en los tórridos meses de verano a algunas personas les agrada pensar en la llegada del aire frío y claro del invierno, cuando llega esa estación se muestran melancólicas. Otras confían en poder descansar, y hay algunas que se ocupan aplicadamente de tareas rutinarias, como la de preparar el jardín para que resista el invierno. ¿Funciona la calefacción? ¿Cierran bien las ventanas? ¿Necesitan reparación el techo o la fachada? ¿Se ha vaciado de agua la tubería del jardín y cerrado la llave de paso? ¿Hay hojas, pinaza y musgo en los canalones? ¿Hemos hecho suficiente acopio de arena o de sal? ¿Necesitamos neumáticos de invierno? Un escarabajo sanjuanero recién salido de su crisálida, que normalmente pasa el invierno bajo tierra, se cuela en la casa, movido tal vez por la esperanza de poder refugiarse allí del frío.

Llegado el momento, el aire refrescará, la luz se hará más débil y los días notoriamente más cortos. Aunque no se puede afirmar que ya ha llegado el invierno, nosotros así lo sentimos. El cielo está gris. Las aves de paso se han marchado hace tiempo. Llueve. A veces durante días enteros. El cambio se consuma primeramente pasito a pasito, de un modo casi imperceptible.

Cae una llovizna fina y fría que anuncia el invierno. De la botella de cristal llena de agua olvidada por la noche en el jardín sólo quedan, a la mañana siguiente, unos añicos. Las hojas aparecen cubiertas de una escarcha que resplandece bajo la luz del sol: diminutos cristales de hielo con forma de agujas o escamas. Unos días después, durante la noche, cae la primera nieve, que refleja la luz de las farolas y hace que la habitación parezca más luminosa. Son miríadas de cristales de infinita complejidad. Reina, además, una gran calma; a excepción de los crujidos ocasionales del hielo haciendo su labor en los árboles. Se dice que el sueño es más profundo cuando el suelo está cubierto de nieve. Sólo los más curtidors se aventuran a salir. Hoy en día, cuando salimos de casa en la estación fría del año nuestra ropa de invierno está hecha del mejor material aislante. Pero al mismo tiempo van desapareciendo la cortante sensación de frío y los estados de ánimo que, para las generaciones anteriores, fueron definitivas de esa estación a lo largo de miles de años.

¿Es el invierno la estación más cruda? ¿Existe algo así como un invierno típico? El invierno es un período recurrente de ausencia: ausencia de calor y de luz, de follaje y de flores, de muchas especies de aves y de otros seres vivos que se retiran a sus refugios. Sólo un par de cornejas solitarias y gorriones parecen mostrarse indiferentes al invierno. La vida, en cambio, continúa, aunque de otro modo. El invierno muestra un rostro cambiante, no es tan fácil de abarcar.

La idea de lo que entendemos por «invierno» se carga de significados distintos en distintos lugares, en otras latitudes y a diferentes altitudes. Cualquier región situada fuera de las zonas tropicales lo conoce, pero en cada zona climática el invierno se manifiesta de una forma diferente: en el norte, lo mismo en la península escandinava que en Siberia, Alaska o Canadá, es donde el invierno—a pesar de las diferencias y particularidades de la geografía y los patrones climáticos—se muestra más crudo. La nieve se mantiene durante cuatro o cinco meses, los árboles permanecen cubiertos por ella. Desde cierta distancia, uno puede tomarlos por enormes cirios de forma irregular chorreantes de cera. Algo más al norte el paisaje parece más uniforme, ya que los árboles y los arbustos son más bajos. Allí el invierno es la fuerza determinante, la que impone a animales y plantas los mayores esfuerzos de adaptación. El Ártico es una región árida en la que los índices de precipitaciones anuales sólo alcanzan la mitad de los de Europa central. La humedad relativa del aire es muy baja, y con más frecuencia de lo que podría suponerse predominan allí los días soleados y en calma. Como el aire frío sólo puede absorber muy poco vapor de agua, cuando las temperaturas bajan mucho apenas nieva, y si en alguna ocasión se desata una tormenta, la nieve perdura mucho tiempo debido a los rigores del frío. Ello es válido sobre todo para la Antártida, cuyos gruesos casquetes glaciares contienen más de dos tercios del agua dulce de la tierra, pero que, debido a las temperaturas extremadamente bajas que allí predominan, sólo alcanza escasos índices de precipitaciones a lo largo del año. La escasez de movimiento hace que también el tiempo parezca haberse detenido, estar congelado. El hielo aprisiona entre sus garras áreas de una extensión gigantesca y se derrite sólo por un breve lapso de tiempo durante el vera-

no. Con la ayuda de perforaciones, en la Antártida se han sacado a la superficie muestras de hielo situado a tres mil metros de profundidad que tiene aproximadamente novecientos mil años, un hielo del cual pueden obtenerse datos acerca de más de ocho ciclos de glaciaciones. ¿Qué sentido tiene hablar allí de «inviernos» si todo el año la región está marcada por el frío?

Mientras que los habitantes del poco poblado norte de Canadá saben arreglárselas con la nieve, puesto que a menudo tienen que desplazarse con motonieves, un poco más al sur, sobre todo en las ciudades, se emplean equipos gigantes para quitarla del camino. Sin embargo, en algunos lugares del norte hace mucho menos frío de lo que se cree: en la isla del Oso, situada entre el cabo del Norte y Spitsbergen, la temperatura media durante los meses de invierno no alcanza siquiera los 10 grados bajo cero. Por su parte, en Eismitte, Groenlandia, donde Alfred Wegener pasó el invierno de 1930 a 1931 a tres mil pies de altitud, el termómetro baja en febrero casi hasta los 50 grados bajo cero. En Noruega hay pueblos en valles situados entre altas montañas que se encuentran a la sombra casi seis meses al año. Hace un par de años, en un pueblo llamado Rjukan, emplearon unos espejos para desviar la luz solar hacia el valle y lograr así que los niños pudieran tomar el sol, lo que fue celebrado como un acontecimiento histórico.

Por mucho que nos guste ver el invierno y la nieve como elementos casi indistintos, lo cierto es que el primero sólo está vinculado a la segunda, como rasgo determinante, en el norte de Europa y en las regiones montañosas del continente. Si nos desplazamos hacia el sur, el carácter del invierno cambia de forma drástica. Hoy en día, en algunas regiones de Europa central la nieve raras veces se deja ver a lo largo de toda la estación invernal. En la zona del Medite-

rráneo y en el sur de América los veranos son más cálidos y prolongados que antes, mientras que los inviernos son más cortos y templados. Parece una ironía ver en Roma muñecos de nieve hechos de plástico colgando de los balcones u oír la canción *White Christmas* en los altavoces de algunos centros comerciales de Florida, el llamado «Estado de las Naranjas». Aun así, al Mediterráneo pueden llegar olas de frío que sorprenden a la población y abarcan no sólo los Alpes marítimos de Francia, sino también las elevaciones mucho más bajas de la Provenza. Pero el invierno es también la época en la que unas olas violentas rompen contra La Corniche, en Alejandría, e inundan el paseo, de modo que los estudiantes han de buscar refugio en la Bibliotheca Alexandrina. Cabría recordar que los antiguos egipcios sólo conocían tres estaciones del año: inundación (*Akhet*), siembra (*Peret*, época en que germinaban las plantas) y recolección (*Shemu*).

Nuestra noción habitual de cuatro estaciones anuales es un fenómeno de latitudes medias y altas, dado que es allí donde se encuentran los países y culturas dominantes que impusieron tal concepto. En regiones subtropicales y tropicales, donde hay poca variación en la duración de los días y la radiación solar, sólo cabe hablar de dos o tres estaciones. También algunas latitudes polares saben arreglarse con dos estaciones: un largo invierno y un verano corto. Una mala copia de lo que en Europa y en Norteamérica asociamos con el invierno es lo que podemos experimentar en Brasil. Allí, en julio, empiezan los preparativos para la estación fría del año. Para los habitantes de Río de Janeiro, 24 grados de media se considera «frío». Jerséis, bufandas y anoraks no pueden faltar cuando el aire fresco del Atlántico sopla sobre la tierra; aunque esto ahuyente la lluvia y haga descender los niveles de humedad, las playas se vacían.

Un par de miles de kilómetros más al sur el frío vuelve a dominarlo todo. Que el capitán angloamericano y cazador de focas John Davis y sus hombres fueran realmente no sólo los primeros en navegar por aguas del Antártico el 7 de febrero de 1821, sino también los primeros en pisar la Antártida, como se afirma a menudo, es algo imposible de probar con total seguridad. No obstante aquel explorador estaba convencido de haber descubierto un desierto de hielo no visto antes por ningún otro ser humano. En esos parajes la nieve del año anterior no se derrite (las temperaturas en verano oscilan entre los 30 y los 50 grados bajo cero) y queda sepultada, de modo que se hunde cada vez más en las profundidades del casquete glaciar a medida que se comprime bajo la precipitación del año en curso. Hay sitios en los que ese casquete alcanza un grosor de casi cinco kilómetros. Las burbujas de aire aprisionadas en él ofrecen datos sobre la atmósfera y el clima de épocas muy remotas. Sin embargo, tampoco aquí los hielos son «eternos», ya que, debido a la presión, éstos se desploman o se deslizan sobre el suelo de la Antártida en dirección a la costa y al mar.

Mientras que en la superficie terrestre el recurrente ciclo anual de calentamiento y enfriamiento sólo afecta a una capa de unos pocos centímetros de grosor, en los océanos la radiación solar penetra hasta grandes profundidades. El mar sólo se congela en la proximidad de los polos cuando las temperaturas son muy bajas. Por lo demás, la elevada salinidad, las fuertes corrientes, el enorme volumen de agua y unas temperaturas más altas en el manto terrestre contribuyen a que el agua no se solidifique. Allí la vida puede discurrir por las sendas habituales.

Si consideramos que el otoño y la primavera constituyen estaciones de tránsito, el verano y el invierno serían entonces las verdaderas estaciones del año. En la historia de

la Creación contada por la Biblia se habla de la noche y el día, del frío y el calor, del verano y el invierno. La división del año en tres y cuatro estaciones bien delimitadas unas de otras se desarrolla durante la Antigüedad romana por exigencias relacionadas con los ciclos agrícolas. La necesidad de dividir el año en capítulos se vincula a la esperanza de poder dominar y planificar ciertas labores realizadas periódicamente. Sobre los antecedentes históricos de esa división sólo podemos brindar conjeturas. Podríamos buscar un vínculo con las características de los cuatro elementos y sus propiedades: caliente, frío, húmedo y seco; o pretender ver en ello un paralelismo con las fases vitales del hombre: infancia, juventud, adultez y vejez. Partiendo de esto, se necesita sólo un paso para empezar a personificar las estaciones, por ejemplo, hablar del anciano Invierno. Pero volveremos sobre ello más adelante.

El año podría dividirse también de otra manera. Eso piensan, por ejemplo, los samis, la población originaria de la península escandinava, que cuentan nada menos que con ocho estaciones. Para los ciclos ligados a sus vidas esta división es más razonable. Al verdadero invierno le antecede un «invierno temprano» conocido como *Tjakttjadálvve*, considerado la época de las migraciones no únicamente en relación con el movimiento del sol que se aleja, sino también con los hábitos de los renos, que en esa época se desplazan hacia los prados donde pasarán el invierno. Al «invierno» propiamente dicho lo llaman *Dálvve*, y es la estación principal, la época de los cuidados. La calma ha vuelto, todo queda oculto ahora bajo una gruesa capa de nieve. Con sus pezuñas, los renos escarban la nieve y dejan al descubierto los líquenes que les sirven de alimento. Más tarde, poco a poco, el sol se va abriendo paso de vuelta, y con él se anuncia el «invierno tardío» o *Gjrradálvve*, la época

del despertar. La capa de nieve se mantiene, pero los carámbanos empiezan a chorrear por todas partes. Las hembras de los renos se retiran entonces a los lugares donde, hacia mayo o junio, parirán sus terneros.

Entre nosotros el invierno empieza con el solsticio de invierno, día en que el sol, en su recorrido anual, alcanza su punto más bajo por encima del Trópico de Capricornio. Es el día más corto del año, y el sol, si el cielo está despejado, se muestra por un espacio muy breve de tiempo. Para los meteorólogos, el primero de diciembre marca el inicio del invierno: de cara a las estadísticas, prefieren calcular en meses enteros. Pero el invierno empieza a sentirse antes, se anuncia con determinados fenómenos de la naturaleza. En épocas pasadas existían todo tipo de señales: para unos era la desaparición de las abejas; para otros, el canto de determinada ave. En Europa central, el inicio fenológico del invierno está ligado en la actualidad a la «caída de las hojas del roble común y de las agujas del alerce europeo». Así lo explica el Servicio Alemán de Meteorología. Y termina luego con el anticipo de la primavera, «cuando los amentos de los avellanos empiezan a desprender polen y florecen las campanillas blancas».

El tiempo invernal no se explica únicamente a partir de la disminución de la intensidad solar que tiene lugar en esos meses, sino también de los movimientos del aire predominantes a gran altura. El curso normal de las estaciones anuales se ha alterado debido al cambio climático, volviéndose a menudo impredecible. Los inviernos se acortan, el período de la vegetación se prolonga. En Alemania, durante las pasadas décadas, se ha extendido en una media de dos semanas. Para la época fría del año se espera otro incremento de las temperaturas, pero éstas serán más húmedas. Se presentan problemas cuando las aves, llegadas anticipada-

mente, carecen de comida para sus polluelos, y cuando las plantas de floración más temprana echan en falta a los insectos que las polinizan, ya que éstos mantienen sus relojes ajustados a los inviernos «tradicionales». Los agricultores, por un lado, se alegran cuando la semilla de cereal esparcida en otoño supera incólume el invierno y pueden empezar a sembrar más temprano la cebada de primavera, la avena y la remolacha azucarera; pero al mismo tiempo temen que el invierno regrese de forma repentina con temperaturas bajo cero, lo que ocasiona enormes daños a las plantas.

Si queremos entender cómo eran antes los inviernos, dependemos de las fuentes que recogen su «impronta»: la corteza de los árboles, por ejemplo, o, de un modo más general, la naturaleza y el paisaje; ciertos aparatos concebidos por los hombres; apuntes de personas que lo vivieron y padecieron. Todo ello se entreteje en ese complejo entramado de significados que llamamos invierno. ¿Con qué factores y estados de ánimo, con qué nociones, personajes y mitos se relaciona el invierno?

UN CREPITAR BAJO LAS SUELAS: DEL INVIERNO Y SUS CARACTERÍSTICAS

Por sombrío e inhóspito que a menudo lo pinten, lo cierto es que el invierno puede asociarse a experiencias muy intensas: el aire helado en la cara que se clava como agujas; los breves instantes en que, al manipular la nieve sin guantes ni protección, apenas hay diferencias nítidas entre las sensaciones de frío y de calor; la sensación de profundo agotamiento tras una caminata con esquís, cuando sólo una prenda de ropa ligera separa el frío del cuerpo sudado; esos momentos en los que la respiración aflora en forma de vaho, y uno exhala banderas blancas en el aire y siente de pronto que le duelen los oídos; subir una montaña con esquís forrados de piel, lejos de las carreteras y pistas acondicionadas (con tan sólo la parte delantera de los pies enfundada en las correas), y, tras fijar la bota en la talonera, lanzarse a través de la alta nieve; caminar con botas de nieve a través de un paraje cenagoso en el que normalmente, en verano, nos hundiríamos.

Existe algo así como el mundo perfecto del invierno. Un paisaje totalmente nevado a la luz del sol. Casas de madera y pintorescos campanarios. Un trineo tirado por caballos y, con un poco de suerte, la posibilidad de escuchar el tenue goteo de la nieve. Todo parece ordenado y limpio. El manto blanco y liso moldeado por el viento se posa sobre todo lo que normalmente se halla en movimiento. El tiempo parece detenerse. Un árbol caído, con su tupido abrigo de nieve, se transforma en una escultura de dramático aspecto. Uno rehúye la sombra, se siente atraído por el sol que calienta. Frescor puro de invierno. La nieve

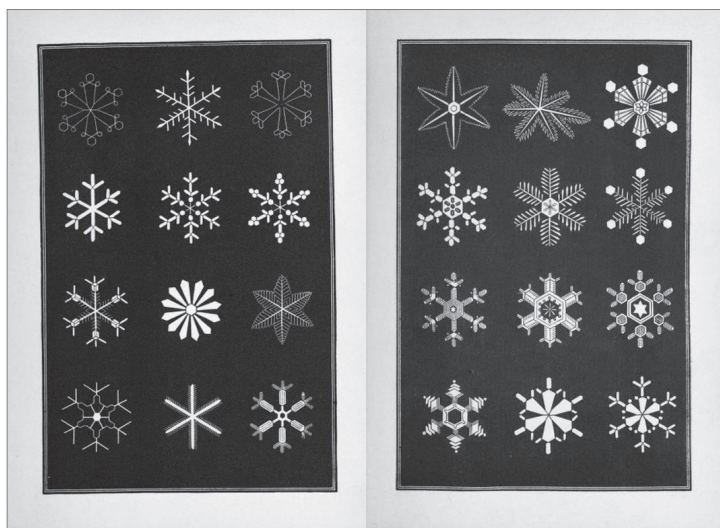
cruje bajo las suelas, pero, por lo demás, en ese universo nevado reina el silencio, la nieve atenúa los ruidos, como si alguien filtrara los fenómenos acústicos inherentes a la civilización.

El invierno mitiga los sentidos, lo sintetiza todo en un paisaje monótono. La propia superficie de un copo de nieve carece de homogeneidad y absorbe los sonidos. Dentro de la capa de nieve hay infinidad de espacios vacíos en los que el sonido desemboca casi en un «punto muerto» debido a la reflexión acústica continua. Este efecto puede compararse con el de las cortinas de terciopelo en una sala de conciertos o con el del revestimiento de corcho en un estudio de grabación, los cuales mitigan el sonido en los espacios vacíos y lo absorben. Mientras nieva, todo se vuelve más silencioso; con la nevada, la atmósfera se condensa y forma algo parecido a una cortina que impide que las ondas sonoras puedan penetrarla. De ese modo, los ruidos del entorno se atenúan también. El alpinista Georges Rivail escribió acerca del silencio absoluto de la nieve que «reinará cuando toda vida se haya extinguido, o, mejor dicho», será «como ya fue, antes de que toda vida empezara».

La nieve es una sustancia efímera: una forma del hielo que se diferencia de otras formas del agua congelada por el aire contenido entre sus cristales. El contacto físico directo, la experiencia táctil del frío, es un asunto elemental que produce reacciones ambivalentes. Mientras que algunas personas sienten satisfacción, otras ven en la nieve una mortaja extendida sobre toda la vida natural. En Languedoc, región que no se caracteriza precisamente por sus nevadas violentas, emplean una paráfrasis para describir los copos de nieve: «moscas blancas» o «mariposas blancas».

La nieve recién caída, todavía extremadamente porosa, contiene hasta un noventa y cinco por ciento de aire. Un

metro cúbico equivale a cuarenta y seis kilogramos, lo cual contrasta con los mil kilos de un metro cúbico de agua. Saltar de un acantilado de cien metros de altura sobre nieve recién caída no tiene por qué tener consecuencias mortales, como sucedería en el caso del agua. A la masa de nieve cuyo porcentaje de aire se ha reducido a la mitad (en un cuarenta y cinco por ciento) se le llama en alemán *Firn* ('nieve compactada'). Una vez se condensa, se vuelve hielo. Cuando hace mucho frío, la nieve condensada se seca, se vuelve quebradiza y, debido a la presión, se rompe durante la caída, produciendo unos crujidos más o menos intensos: ondas acústicas generadas por la ruptura de un gran número de cristales en la capa de nieve. Si la temperatura sube, la presión hace que los cristales de hielo pierdan la forma, pero éstos no se quiebran de manera tan fácil. El ruido que hacen es más bien un chasquido, no un crujido.



Copos de nieve del libro *Snow-Flakes. A Chapter from the Book of Nature* (1863).